



Literatura y política: lecturas, huellas e intersticios
María Florencia Seré
Política y Comunicación (N.º 2), e022, Reflexiones, 2023
ISSN 2953-3821 | <https://doi.org/10.24215/29533821e022>
<https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/politicaycomunicacion>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata | La Plata | Buenos Aires | Argentina

Literatura y política: lecturas, huellas e intersticios

Literature and politics: reading, traces and interstices

María Florencia Seré

Universidad Nacional de La Plata, Argentina

mf.sere@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0002-1741-829X>

Resumen

En este artículo se abordan las relaciones entre literatura y política, proponiendo una mirada desde el campo de la comunicación. A partir del estudio de caso, se vinculan las estrategias de enunciación política que se traman en dos obras de la literatura clásica: *El conde de Montecristo*, de Alejandro Dumas, y *Oliver Twist*, de Charles Dickens. El trabajo sitúa al texto como un campo de sentidos que articula formas de hacer, de entender y de definir a la política en un momento dado, desde las perspectivas de sus autorías, con sus historias de vida específicas y ubicadas en coordenadas contextuales determinadas.

Palabras clave

comunicación, literatura, narrativas, análisis de contenido

Abstract

This article addresses the relationships between literature and politics, proposing a perspective from the field of communication. From the case study, the strategies of political enunciation that are plotted in two works of classical literature are linked: *The Count of Monte Cristo*, by Alexandre Dumas, and *Oliver Twist*, by Charles Dickens. The work situates the text as a field of meanings that articulates ways of doing, understanding and defining politics at a given moment, from the perspectives of its authors, with their specific life stories and located in specific contextual coordinates.

Keywords

communication, literature, narratives, content analysis

Introducción

Vivimos en un momento de crisis de significados y también de significantes. La política y lo político se encuentran encerrados entre signos de interrogación y, nuevamente, la pregunta por el sentido tensiona los haceres y la construcción de saberes desde este campo de problemas. Si entendemos, asimismo, a la política en articulación con la comunicación, nos encontramos en un terreno barroso, difícil de transitar.

Estamos en un contexto en el que las sociedades hipermediatizadas se encuentran inmersas en un entorno mediático digital en constante transformación. Las tecnologías se actualizan casi diariamente y las lógicas de consumo y de producción de información se tornan cada vez más ágiles y sintéticas. Al respecto, podríamos pensar que las comunidades contemporáneas están informadas sobre lo que sucede en los alrededores. Sin embargo, el exceso informacional no implica el abordaje de una mirada crítica sobre los contenidos, dado que este fenómeno se anuda a malas prácticas de construcción de discursos, tales como la *infodemia*, el *lawfare* y las *fake news*.

El conocimiento sobre las plataformas y los dispositivos, y la sobreexposición a los discursos que circulan en las redes y en los medios, no implican una lectura reflexiva y responsable que cuestione la coyuntura actual y describa escenarios que generen participaciones y ejercicio de ciudadanías comprometidas con el tiempo que nos toca vivir.

Desde ese plano, en la Tecnicatura en Comunicación Pública y Política de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata se propician prácticas formativas ancladas en una matriz de pensamiento crítico, autónomo y dinámico, que potencien la construcción de herramientas analíticas para participar activamente de estas discusiones. Así, se reconoce a las juventudes no como meros receptores de los mensajes

o discursos políticos, sino como actores políticos activos y protagonistas en la trama de las relaciones de poder que se dan en los procesos democráticos.

Especialmente, el Taller de Lectura y Escritura se integra a esta conversación, entendiendo a la política como otorgadora de sentidos. La asignatura propone un recorrido particular durante el primer cuatrimestre del primer año de la carrera, a través de una línea de tiempo sobre la memoria universal y latinoamericana. El eje de análisis propuesto para el abordaje analítico de cada texto implica trabajar con la lectura y la escritura, casi simultánea de un autor/a/e, un texto y un contexto peculiar desde una perspectiva comunicacional y artística: la triada texto-contexto-autor/a/e. En síntesis, proponemos revisar aquellos procesos sociales, políticos y económicos de la historia contemporánea que construyeron el mundo que nos toca habitar para reflexionar sobre nuestra identidad colectiva y sobre las ideas dominantes que configuran los modos de ser, de estar y de pensar en sociedad.

3

La lectura se toma como una dimensión situada, que asume las perspectivas históricas que atraviesan y tensionan las experiencias sociales. El contexto es entendido como una densa red de relaciones que son constituyentes de las representaciones, de las prácticas y de las acciones, en donde deja de ser fondo para ser asumido como trama. De hecho, en la observación discursiva, la cultura, la expresión, la contradicción y la complejidad se encuentran en tanto huellas que nos brindan datos. La contextualización, entonces, es recuperada como instancia de reflexión y como una herramienta de abordaje que amplía los marcos de interpretación sobre los sentidos literales de lo dicho.

Desde este enfoque, consideramos al texto como un acto de producción con una materialidad a indagar, compuesto por marcas permanentes y variables (Comas & Stoessel, 2017). Las primeras serán las características discursivas que constituyen la estructura del texto, como las voces narradoras, la construcción de

escenas y personajes, y las huellas contextuales. Las segundas serán aquellas que dependen del contexto de circulación y de apropiación de ese escrito.

La selección de casos aporta una mirada para problematizar sobre los anudamientos de la política y de lo político como construcciones complejas e históricamente determinadas. En este caso, se trata de *El conde de Montecristo*, de Alejandro Dumas (1844-1845), y de *Oliver Twist*, de Charles Dickens (1837-1839). Ambos casos son emblemas de la literatura folletinesca europea –francesa e inglesa, respectivamente– de mediados del siglo XIX y presentan historias de aventuras en un mundo convulsionado, marcado por el progreso y la modernidad.

El conde de Montecristo, Alejandro Dumas

El texto, publicado por entregas en 1844, está situado en 1815. La historia narra las desventuras de Edmundo Dantés, primer oficial del navío el Faraón, que llega a las costas de Marsella con las velas bajas por el reciente fallecimiento del valiente capitán Leclerc. Al tocar puerto, el marinero le narra al dueño del barco, el señor Morrel, el trágico destino de su capitán. En su relato, Edmundo cuenta que han tenido que detenerse en la Isla de Elba por un encargo que Leclerc le confió antes de morir.

4

Morrel miró a su alrededor y se apartó con Dantés.

–¿Y cómo se encuentra el emperador? –preguntó con el mayor interés.

–Perfectamente, según he podido cotejar.

(...) Ha hecho bien, Dantés, en seguir las instrucciones del capitán Leclerc y detenerse en la Isla de Elba, aunque si se supiese que había entregado un paquete al gran mariscal, esto podría comprometerlo. (Dumas, [1844] 2005, p. 22)

Edmundo vive un momento de dicha y de plenitud. Le han prometido ser el próximo capitán de El Faraón y está pronto a casarse con la bella catalana Mercedes. Sin embargo, hay personajes que no están felices con las recientes noticias: Danglars, Caderousse y Fernando,¹ quienes intercambian sus frustraciones en un bar, mientras toman demasiado vino y brindan irónicamente por la salud de la feliz pareja.

Esta escena deriva en un complot que inicia con la escritura de una carta anónima en la que se acusa a Dantés de ser un agente bonapartista. «El señor procurador del rey es prevenido por un amigo del trono y de la religión de que el llamado Edmundo Dantés [...] ha sido encargado por Murat de llevar una carta al usurpador y por este de llevar otra al comité bonapartista de París» (Dumas, [1844] 2005, p. 43).

Ahora bien, ¿qué significaba en este momento del mundo ser un agente bonapartista? Francia vivió un proceso de convulsión que inició cuarenta años antes, cuando decidió financiar la guerra de emancipación de las trece colonias inglesas de los Estados Unidos. La firma de la independencia le significó una deuda irreparable que, sumada a ciclos de malas cosechas y a las ideas de la Ilustración, derivó en el quiebre del orden político.

La Bastilla se convirtió en el símbolo de la república para siempre y los valores de la Revolución quedaron sellados en la Declaración de los derechos del Hombre y del Ciudadano en 1791: libertad, igualdad y soberanía del pueblo. El germen de estas ideas lo trazan las plumas de grandes pensadores como Jean-Jacques Rousseau (1762), Montesquieu (1748), Voltaire (1756) y Denis Diderot (1745). Los emblemas se construyeron en tres pasajes: de los comunes a los ciudadanos, de la concentración de todos los poderes del rey a la igualdad de los hombres y de la monarquía a la república.

La agitación del sistema monárquico y absolutista derivó en una década de etapa republicana, con la convención (1792-1795), el directorio (1795-1799) y el consulado (1799-1804). No obstante, Napoleón volvió de Egipto e hizo de la Bastilla el corazón de su imperio. La obra *El conde de Montecristo* se sitúa en el ocaso de la expansión y las conquistas de territorios, cuando Napoleón abdica, tras la derrota en la Batalla de Leipzig (1814), y se exilia en la Isla de Elba para preparar su regreso al poder. Lo lograría solo por cien días, para luego ser desterrado en la isla de Santa Elena como el auténtico vencedor vencido en la batalla de Waterloo (1815).

Esa parada en la isla y la carta que llevará a París le costarán a Edmundo Dantés su libertad, enterrada para siempre en el Castillo de If. Esta novela no es solo una historia de amor, de venganza o de aventuras. Se trata de una crítica a las instituciones jurídicas, a la división de clases y a la desigualdad en la Francia de aquel momento.

A partir de ello, se incluyen dos ideas que laten en la lectura en contexto y que implican dos rupturas en la narración. La primera se relaciona con la presencia del acto educativo como el viraje que supone la transformación de la mirada del protagonista. La segunda, con el lugar de la burguesía que toma fuerza y se convierte en un actor central de la Revolución Francesa –como el caso de Maximilien Robespierre– y que cambiará para siempre el modo de entender la división de clases en la historia de Occidente.

En el primer caso, Dantés conoce durante su estancia en la prisión al abate Faria, un hombre anciano y sabio que sabe la ubicación de un tesoro. Este lo adopta como discípulo y le enseña a leer y a escribir. Como pedagogo, lo introduce en las artes, en las ciencias y le hace preguntas. En algún momento de ese proceso se produce una revelación: el protagonista deja de cuestionarse el porqué y entiende que se trató de una traición, de un engaño por parte de los

que decían ser sus amigos. Esta idea se liga a los albores de un sistema educativo que está en expansión durante el siglo XIX y que, en términos de Jorge Huergo (2005), representa el pasaje del estar al ser. En este sentido, la educación es comprendida como faro que ilumina, centrada en la categoría de alumno (sin luz) y vinculada al viraje hacia el hombre moderno e ilustrado.

En el segundo caso, la Revolución Industrial aparece como el proceso que determina la configuración social y económica de Europa hacia el mundo, y da paso a un actor clave: el varón burgués. La idea de que el determinismo de clase ya no lo da la sangre sino el capital es la gran sorpresa de este momento de la historia. De este modo, la posibilidad de pertenecer y de tener un título nobiliario está atada a la riqueza, ya no al apellido familiar. Así, Dantés logra escapar del Castillo de If y llega a la isla de Montecristo, en donde encuentra un tesoro. Vuelve a París a vengarse de sus enemigos como el conde de Montecristo. Es decir, es la fortuna la que le brinda un título que no es cuestionado dentro del círculo aristocrático parisino y que se presenta como la llave que le permite encontrarse con los personajes de su pasado.

Oliver Twist, Charles Dickens

El texto fue publicado por entregas en el período 1837-1839. La obra cuenta la historia de Oliver Twist, un niño huérfano que siente una profunda soledad. A lo largo del relato lo veremos emprender una búsqueda por la pertenencia, por la tibieza y por el amor de una familia que lo acoja.

En la primera escena, Oliver se encuentra trabajando en la carbonera, el día de su noveno cumpleaños, cuando llega al hospicio el Señor Bumble, celador de la parroquia, que viene a llevarse al niño porque ya se encuentra en edad de trabajar. «Se te ha traído aquí para recibir educación y aprender un oficio útil», dice el director de la junta parroquial ([1837-1839] 2007, p. 18). Podemos

observar cómo en este momento del mundo la categoría de adolescencia no se ha construido aún como etapa o periodo de la vida. De la niñez se marca un hito, un momento específico, que implica el pasaje hacia la adultez. En este caso, su noveno cumpleaños.

Luego, habrá un cambio en el argumento. Oliver ya no vivirá en el hospicio, ni tampoco en la casa del señor Sowerberry, un funebrero que lo había acogido. Nuestro personaje decide escapar y comienza un viaje a pie hacia Londres. En la construcción del escenario, la caminata del niño no es lo central, sino los cambios en el paisaje. Del verde del campo, hacia el gris oscuro, el humo y la niebla de los suburbios de Whitechapel, que acordonan el Támesis. En la narrativa dickensiana, Londres no solo es telón de fondo, es trama y es, verdaderamente, la protagonista de su obra.

Como testigo de su tiempo, Dickens vio cómo los ambientes cambiaban ante sus ojos. Nos encontramos en pleno proceso de la Revolución Industrial, que tuvo lugar desde finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX. Durante este período, se produjeron los desplazamientos del campo a la ciudad y la transición de la figura del campesinado al proletariado. Numerosas familias se instalaron en los contextos urbanos en busca de mejores condiciones de vida, un proceso que no estuvo exento de tensiones, ya que implicó, también, el pasaje de la dispersión en el campo al hacinamiento en la ciudad. En la Londres del siglo XIX, el acceso a la vivienda se convirtió en el gran nudo que ocasionó que los obreros vivieran, incluso, en las mismas fábricas o hasta en las cárceles, en el caso de quienes estaban privados de su libertad.

Para Dickens, la pulsión de construir testimonio no solo fue a través de la pluma, sino de su propia vida. El autor no fue un testigo ajeno al contexto que le tocó vivir; su biografía está muy atravesada por las dimensiones históricas. De niño, vivió junto con su familia en una celda de la prisión de Marshalsea,

luego de que su padre fuera denunciado por deudor. Durante ese tiempo, fue acogido por la Señora Roylance, quien le cobraba su manutención; por eso, a los 12 años tuvo que trabajar en una fábrica de betún para calzado, pegando etiquetas en los botes de *shoes polish* (pasta para zapatos), por lo que ganaba seis chelines semanales. Allí, conoció en primera persona las condiciones de vida en la fábrica y la situación de las niñas como trabajadoras de un sistema en expansión al que solo le interesaba superar los índices de productividad.

Esta época representó un cambio fundamental en la economía, ya que se produjo el pasaje de un sistema basado en la agricultura y en la producción artesanal, a uno vinculado a la industria y la tecnología. Como mencionamos al describir la novela de Dumas, si la Revolución Francesa (1789) representó una transformación en los modos de pensar la política y la sociedad, en este caso se sientan las bases de la matriz económica y la definición del trabajo moderno.

Cuando Oliver llega a Londres se encuentra con El Pillastre, un niño un poco más grande, que se le acerca y le ofrece un lugar en donde comer y dormir. La escena se traslada a la casa de Fagin, un anciano «receptor de bienes robados» ([1837-1839] 2007, p. 29). Oliver observa con curiosidad que los niños que le entregan objetos luego se sientan a la mesa a comer, y que quienes no entregan nada deben irse a dormir sin cenar. Unos días después de su llegada, el hombre decide que Oliver ya está listo para salir. En la calle, El Pillastre roba un pañuelo y lo anima a hacer lo mismo con el señor Brownlow, quien acaba de salir de la librería.

En la construcción narrativa aparecen los personajes de los suburbios. El Pillastre, «un niño pícaro e inteligente, aunque no con buenas intenciones»; Nancy, una joven prostituta, y Bill Sykes, «un criminal malicioso» ([1837-1839] 2007, p. 30). Dickens les da un nombre a los sectores populares londinenses; se trata de una escritura que pone en relieve, que denuncia.

Lo significativo en este autor es su conciencia de clase: se trata de una literatura de los bordes, de los márgenes. Así, al describir sus voces, las visibiliza, las pone sobre la escena. A través de una escritura sencilla cuenta la historia de aventuras de un niño y enuncia los modos de explotación del capitalismo industrial y las desigualdades sociales de su tiempo, poniendo en evidencia el abuso y la deshumanización de estos actores sociales.

En este punto, es interesante resaltar las conferencias de Dickens, dado que gozó de reconocimiento social y fue renombrado en todo el mundo, pudiendo recorrer algunos destinos, como Estados Unidos, que lo recibió como una verdadera superestrella. Allí, habló sobre los derechos de los esclavos en un contexto de plena discusión entre los modelos del norte y del sur. El eje de la tensión era qué hacer con la mano de obra esclava, ¿seguiría trabajando en los campos algodoneros del sur o sería parte del nuevo proletariado? Justamente, Dickens apoyaba el abolicionismo, pero desde una perspectiva crítica. Durante su estancia de seis meses en ese país, habló sobre dos temas candentes: los derechos de autor y el racismo de la joven nación. Eso le valió un ataque mordaz de la prensa que lo nombró como un escritor con «dudosa reputación» (Lorente, 2020). Incluso, en 1860, hablaba en Inglaterra sobre los derechos de las prostitutas, en un contexto difícil en donde estaba vigente la Ley contra las enfermedades contagiosas.²

De ese modo lo nombraba Jorge Luis Borges en sus clases de Literatura Inglesa en la Universidad de Buenos Aires durante los años sesenta (Arias & Hadis, 2000). Borges explicaba que para comprender la obra de Dickens era necesario conocer la Londres industrial. «Dickens fue habitante de Londres» que con su pluma dibujó a los transeúntes de los barrios, a aquellos negados y silenciados. Dickens fue, en palabras de Borges, «inventor de la infancia» (Arias & Hadis, 2000). Hasta el siglo XIX, las niñeces no aparecían en la literatura ni tampoco eran consideradas como sujetos sociales. Dickens las

enuncia en *Oliver Twist* (1837-1839) y en *David Copperfield* (1850), tomando sus propias experiencias como marco narrativo. Esta novela es la primera cuyo protagonista es un niño. Pero, repensando en profundidad, el autor construye la historia desde la perspectiva de la infancia. Aun dando un paso más, se trata de la perspectiva de una niñez desprotegida, al margen del Estado.

Asimismo, es importante destacar que Dickens era anglicano³ y tenía una profunda fe religiosa. Incluso, escribió una versión del Evangelio para contarle a su decena de hijos la historia de Jesucristo. Este es un punto central de su biografía, porque desde esta mirada construyó la crítica hacia las instituciones religiosas y del Estado, las cuales aparecen fuertemente denunciadas en el inicio de esta historia. Habla de instituciones de cuidado que desprotegen y marginan, que generan hambre y frío en las y los niños, que castigan y ocultan. De hecho, antes de partir hacia Londres, Oliver se encuentra casualmente con Dick, un amigo que continúa en el orfanato. Este le cuenta que le oyó decir al médico que va a morir. «Cuando muera voy a ser feliz», confiesa ([1837-1839] 2007, p. 28). Es decir, es preferible este destino a una vida de sufrimiento y de desamor en el hospicio.

Finalmente, esta perspectiva atraviesa la construcción de la trama. El escritor concibe a sus personajes como irrealmente bondadosos, a quienes les ocurren las más trágicas y tristes desgracias, pero siempre se mantienen firmes en sus convicciones. Es así que los finales de sus historias tienen un giro de fantástica buena suerte. En el caso de *Oliver Twist*, el Señor Brownlow es quien finalmente lo adopta. Estos giros del destino proponen reflexionar sobre la ética cristiana, resguardan una enseñanza o tal vez una advertencia, respecto de que los finales felices les corresponden a quienes mantienen la fe como dogma de la vida.

Palabras finales

Es indudable que la comunicación política se ha convertido en un área académica específica, legitimada por el hacer profesional de quienes se inscriben en el campo. Por esto, se vuelve prioritario recuperar nociones, conceptos, experiencias y estrategias, para potenciar el ejercicio profesional de quienes trabajan en el ámbito y han comenzado su proceso de formación o se encuentran en pleno tránsito.

Los casos recorridos nos proponen una lectura que traspasa la mirada romántica y se detiene en la construcción de la escena, de la trama y del argumento. Estos elementos componen espacios a indagar, los cuales podemos aprehender para aprender sobre los modos en los que se representan esos contextos en particular, para comprender nuestro presente. Se trata de un análisis crítico sobre las características para reconocer las condiciones en las que se han concebido nuestras sociedades actuales y también para actuar sobre ellas.

12

Al mismo tiempo, estas reflexiones y debates fortalecen un campo de estudio académico complejo, interdisciplinario y cambiante frente a miradas más coyunturales o simplistas de la comunicación política. Por ello, este artículo se inscribe en una línea que está en construcción permanente y comparte la premisa para seguir pensando articulaciones posibles entre la comunicación, la política y la literatura.

Referencias

Arias, M. y Hadis, M. (2000). *Borges profesor. Curso de literatura inglesa en la Universidad de Buenos Aires*. Lumen.

Comas, K. y Stoessel, E. (2017). La trilogía de la lectura. En *Taller de comprensión y producción de textos II. Cuaderno de cátedra*.

Ediciones de Periodismo y Comunicación (EPC).

<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/133301>

Dickens, C. (2007) [1837-1839]. *Oliver Twist*. Andrés Bello.

Dumas, A. (2005) [1844]. *El conde de Montecristo*. Losada.

Huergo, J. (2005). *La educación y la vida. Un libro para maestros de escuela y educadores populares*. EDULP.

<https://problemascomeduc.files.wordpress.com/2013/08/huergo-educacion-y-vida-parte-2.pdf>

Lorente, J. (8 de junio de 2020). El racismo en Estados Unidos y Charles Dickens. *The Conversation*. <https://theconversation.com/el-racismo-en-estados-unidos-y-charles-dickens-140164>

Notas

1 Danglars, compañero de navío que desea el puesto que ha sido prometido a Edmundo, representa la envidia. Caderousse, sastre y vecino de su padre, representa la codicia. Fernando, primo y enamorado de Mercedes, representa los celos.

2 La ley era una forma de control estatal de la prostitución, para supervisar el alcance de las enfermedades venéreas, especialmente, en el ejército británico y la Royal Navy.

3 Rama anglosajona del protestantismo que tiene su origen en la Reforma anglicana, en la década de 1530.